



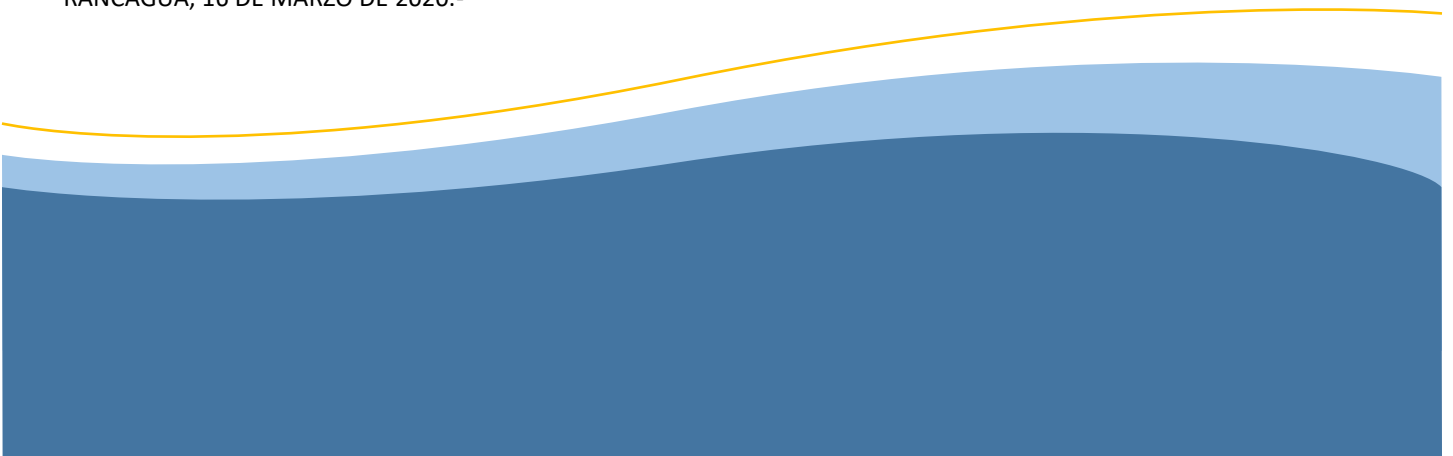
CARTA PASTORAL



Mons. Juan Ignacio González Errázuriz,
administrador apostólico de Rancagua, se dirige
a los sacerdotes y diáconos de la diócesis.

Diócesis
RANCAGUA

RANCAGUA, 16 DE MARZO DE 2020.-



CARTA PASTORAL

Queridos hermanos:

He estimado oportuno enviarles una breve carta pastoral a los sacerdotes y diáconos de Rancagua al iniciar mi servicio como Administrador Apostólico sede vacante. Deseo que estas consideraciones puedan alumbrar nuestro caminar al servicio de Dios y de las comunidades en este tiempo que media hasta la llegada del obispo diocesano. Son expresiones sencillas del corazón del pastor que pido a todos tener en cuenta en su vida personal y pastoral. Mas adelante, será quizá bueno dirigir algunas palabras mas concretas al pueblo de Dios que camina en nuestra diócesis.

Tiempos difíciles: camino de sanación espiritual: levántate y come.

1. Vivimos tiempos muy complejos e inciertos y que en la diócesis de Rancagua han sido particularmente duros y han afectado la vida pastoral de nuestras comunidades, de los fieles y sus familias. Muchas personas sienten que es necesario iniciar un verdadero camino de sanación espiritual y pastoral, que no solo involucre a los ministros del Señor, a las religiosas y religiosos, sino también al pueblo de Dios que siente los efectos de las heridas producidas. Nuestra convivencia eclesial ha sido afectada seriamente por todos estos acontecimientos y sin entrar a juzgar responsabilidades, parece necesario continuar el camino, levantarse y reiniciarlo con la esperanza puesta solo en el Señor Jesús. Resuenan en el corazón aquellas palabras del libro de los Reyes: *“he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces Elías miró, y había en su cabecera una torta cocida y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse, pero el Ángel lo tocó por segunda vez diciendo: Levántate y come, porque largo camino te falta por recorrer”* (cfr 1 Reyes, 19, 5-7).

El peligro de la desolación

2. Cuando el Señor permite tiempos y momentos difíciles en la vida personal y de la Iglesia, es porque quiere enseñarnos con la suavidad de un Padre amoroso. Cuando las lagrimas se nos caen de los ojos, por el dolor, la incomprensión, incluso cuando hacemos memoria de nuestros propios pecados y errores, el Señor Jesús se nos pone delante y nos da su mano como a Pedro que se hundía en el mar por su falta de fe. En varias ocasiones el Papa Francisco nos ha advertido del peligro de la desolación, que es aquel fenómeno espiritual que viene junto a los tiempos difíciles y nos hace perder el empuje misionero, la presencia evangelizadora e incluso nos puede hacer dudar de nuestro llamado. Enseña San Agustín que *“si Dios no perdonó ni a su propio Hijo, que no había conocido el pecado, ¿piensas que va a dejar sin pruebas a los hijos adoptivos que conocieron el pecado? (Sermón sobre los pastores, 46).*

Remedios contra la desolación; perseverar, la memoria y la esperanza

3. “La vida cristiana no es un carnaval, no es fiesta y alegría alocada continua. Es verdad que la vida cristiana tiene momentos bellísimos y momentos feos, momentos de duda, de despegue, como he dicho, donde nada tiene sentido: el momento de la desolación. En ese momento, por persecuciones externas o por el estado interior del alma, el autor de la carta a los Hebreos dice: *“Solo os hace falta perseverancia”*. Hay que **perseverar** para que, *“hecha la voluntad de Dios, obtengáis lo que se os ha prometido”*, se lee. Perseverancia para llegar a la promesa. Y el camino de la promesa, como digo, tiene momentos buenos, momentos luminosos y momentos oscuros. Perseverar siempre siguiendo las dos indicaciones del apóstol: memoria y esperanza. A la **memoria** hay que acudir en los momentos oscuros. Se lee en la epístola: *“Hermanos, recordad aquellos días primeros”*. Esos días felices del encuentro con el Señor, por ejemplo, cuando hice una buena obra y sentí al Señor cerca, cuando en una oración sentí que el Señor se me acercaba o cuando decidí entrar en el seminario, en la vida consagrada. Momentos bellos. Recordar esos momentos, los primeros días, donde todo era luminoso; ahora estoy bajo, sí, pero pienso en aquello. Es la primera receta contra la desolación: recordar el consuelo de los primeros días. *“Después de haber recibido la luz de Cristo, habéis debido soportar una lucha grande y penosa, expuestos públicamente a insultos y persecuciones o haciéndoos solidarios con todos los que eran tratados así”*. Pero no importaba: erais felices en aquel momento. En cambio, hoy estáis desolados: recordad el momento de la felicidad de los primeros días. En el libro de Jeremías hay una cosa bonita que dice: *“Señor – mirando esos primeros momentos– de ti recuerdo los primeros días, los días de tu juventud –la juventud espiritual– aquel seguirme como enamorado en el desierto: el tiempo del amor. Luego viene el tiempo malo, pero nosotros recordamos el bueno. La segunda indicación es la **esperanza**. Se lee también en la carta: *“Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa”* que se me hizo en los primeros días. La vida es así, lo sabemos, porque todos pasamos por esos momentos malos, todos. Es normal. Pero no es bueno dejarlo ir, no es bueno decir: *“no sirve”*. Él dice, es muy claro: *“No cedáis, no vayáis atrás”*, dice el original. Es necesario resistir en los momentos malos, pero una resistencia de la memoria y de la esperanza, una resistencia con el corazón: el corazón, cuando piensa en momentos buenos, respira, cuando mira la esperanza, puede respirar. Y es exactamente lo que debemos hacer en los momentos de desolación, para encontrar el primer consuelo, el prometido por el Señor (Homilía en Santa Marta, 1 de febrero de 2019).*

CARTA PASTORAL

El desprecio nos asemeja más a Jesús

4. Muchos de ustedes, queridos sacerdotes y diáconos ha sufrido el desprecio y la humillación de sentirse “culpabilizados” por crímenes y faltas que no cometieron y tratan de buscar en su obispo y en sus hermanos la figura del hermano mayor y del padre que los aliente en estos tiempos difíciles, los estimule y sostenga en el camino”. (Cfr. Carta del Papa Francisco, en los 160° de la muertes del Cura de Ars, 4 de agosto de 2019). Ser verdaderos sacerdotes y pastores es hoy algo muy difícil, tenso y lleno de incertidumbres si lo miramos humanamente y es posible que muchos de nosotros no seamos siempre los testigos fieles y los hermanos en la fe, cercanos, compasivos y misericordiosos que la Iglesia necesita. También lo es que nos cuesta tender la mano a otros hermanos, por dejación o por no percatarse de sus sufrimientos o dificultades, distancias personales no superadas, pequeños agravios guardados, *tallados en la cacha de la huasca*, como se dice en nuestro idioma. Pero todos hemos sido llamados a cumplir nuestra misión y todos sabemos que la gracia es suficiente y sobreabundante, de manera que si no cumplimos lo que el Señor nos ha pedido es por nuestra falta de correspondencia a la acción de Dios, por medio de su gracia.

Cuando sintamos estas lejanías, dolores y desprecios o *ninguneos*, vayamos donde el Profeta Isaías que nos describe al siervo de Dios, a Jesús El Salvador, del cual somos sus ministros y en cuyo nombre actuamos: “*Despreciado, y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en la flaqueza; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no le estimamos*” (53.3) y concluyamos con las enseñanzas del Kempis; “bueno es que padezcamos a veces contradicciones, y que sientan de nosotros malamente, aunque hagamos buenas obras y tengamos buena intención. Esto ayuda a la humildad y nos defiende de la vanagloria. Mejor buscamos a Dios como testigo interior cuando somos de fuera despreciados y no nos dan crédito (Imitación de Cristo, 1, 12, 1).

Pero el Señor nunca nos abandona: levantar el corazón al Señor.

5. Cada día hemos de ser más conscientes que, como dice la carta a los Corintios “*No es que por nosotros seamos capaces de pensar algo como propio nuestro, sino que nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos hizo idóneos para ser ministros de una nueva alianza*” (2Co 3, 6). No hemos de tener duda alguna de que nuestro Dios conoce nuestras flaquezas y dificultades: “*He visto la aflicción de mi pueblo*” (Ex 3,7). “Un buen “test” para conocer como está nuestro corazón de pastor es preguntarnos cómo enfrentamos el dolor. Muchas veces se puede actuar como el levita o el sacerdote de la parábola que dan un rodeo e ignoran al hombre caído (cf. Lc 10,31-32). Otros se acercan mal, lo intelectualizan refugiándose en lugares comunes: “la vida es así”, “no se puede hacer nada”, dando lugar al fatalismo

y la desazón; o se acercan con una mirada de preferencias selectivas que lo único que genera es aislamiento y exclusión. «**Como el profeta Jonás siempre llevamos latente la tentación de huir a un lugar seguro que puede tener muchos nombres: individualismo, espiritualismo, encerramiento en pequeños mundos...»**, los cuales lejos de hacer que nuestras entrañas se conmuevan terminan apartándonos de las heridas propias, de las de los demás y, por tanto, de las llagas de Jesús” (Carta del Papa Francisco antes citada).

Un agradecimiento sincero y verdadero

6. A cada uno de los sacerdotes y diáconos de la diócesis de Rancagua, con agradecimiento, les repito estas palabras del Romano Pontífice: “A Ustedes que, como el Cura de Ars, trabajan en la “trinchera”, llevan sobre sus espaldas el peso del día y del calor (cf. Mt 20,12) y, expuestos a un sinfín de situaciones, “dan la cara” cotidianamente y sin darse tanta importancia, a fin de que el Pueblo de Dios esté cuidado y acompañado. Me dirijo a cada uno de Ustedes que, tantas veces, de manera desapercibida y sacrificada, en el cansancio o la fatiga, la enfermedad o la desolación, asumen la misión como servicio a Dios y a su gente, incluso con todas las dificultades del camino, escriben las páginas más hermosas de la vida sacerdotal” (Carta del Papa citada arriba). Son muchos los bienes espirituales que han llegado a los hombres y mujeres de la VI Región por la acción de Dios por medio de ustedes. Ahí está la historia de la Iglesia para probarlo. Que los nubarrones del presente, no nos hagan olvidar las luces que hoy y en el pasado han alumbrado el caminar de esta tierra levítica.

Adecuar los tiempos a Cristo y no al revés

7. Estamos en medio de un mundo de rápidos cambios - como los ha vivido la Iglesia y la humanidad en otras épocas - y ninguno de nosotros debe renunciar a que ese mundo cambiante, que muchas veces tiene su propio “idioma” y sus tendencias, sea alumbrado por la luz del Evangelio. Como enseñó el Papa Benedicto siguiendo las huellas de San Pablo VI: “la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre”(cfr. Benedicto XVI, Caritas in veritatis 15).

Todos los días es necesario pedir a Dios la sabiduría, el coraje y la prudencia para no dejarnos llevar por la tendencia de adecuar el Evangelio a los tiempos, sino al revés. Es el mundo, nuestro mundo con todas sus alegrías, tristezas y dificultades, el que debe adecuarse al mensaje de nuestro Salvador. Este fue el camino de los primeros cristianos, que hoy se nos hace más evidente a nosotros y que nos exige que nuestras raíces estén firmemente adheridas a las enseñanzas de la Iglesia “*para que ya no seamos niños que van de un lado a otro y están zarandeados por cualquier corriente doctrinal, por el engaño de los hombres, por la astucia que lleva al error. Por el contrario, viviendo la verdad con caridad, crezcamos en todo hacia aquél que es la cabeza, Cristo*” (Ef 4, 14-16).

CARTA PASTORAL

Cómo hemos de recorrer los caminos en tiempo difíciles: Oración y Fraternidad

8. ¿Qué hemos de hacer para que estos tiempos difíciles y dolorosos que recorremos no nos desarraiguen de lo que siempre es necesario? Dos cosas esenciales: **vivir unidos a Cristo por la íntima comunión que nos da la vida del Señor escondida en nosotros**, pues hemos de morir al hombre carnal ya que *“vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* (Col 3,3). Esa vida íntima de Dios se realiza en nosotros por la **oración y la comunión con Cristo Eucaristía**.

La oración nos ayuda a ser fuertes contra las tentaciones. En ocasiones, podremos oír cómo el Señor nos dice: *“¿Por qué duermen? Levántense y oren para no caer en la tentación”* (Lc 22, 46). Hemos de rezar siempre, pero hay momentos en los que esa oración se ha de intensificar y este es uno de esos momentos. Abandonarla sería dejar abandonado al Señor y quedar nosotros a merced de la tentación, perdiendo la huella del Maestro y con ello el camino. Hermanos, no es el momento presente tiempo para dudas, tiempo de vacilaciones en nuestro caminar, pese a nuestros defectos y pecados. El mismo Señor nos ha dicho que estará siempre con nosotros. Siendo pecadores nos llamó, y nos pide que lancemos las redes con audacia para atraer a muchos con el buen olor de Cristo. Quien es capaz de pedir perdón al Señor y al hermano si lo ha herido, tiene siempre la compasión de Jesús y su mano amorosa nos levanta. El nos dice, *“levántate y come, mira que te queda mucho camino por recorrer”*.

Pero junto con el seguimiento del Señor en la Oración y en la Eucaristía, es necesario en el tiempo presente, hacer nuevos esfuerzos, todos nosotros, para vivir una vida más fraterna, más cercana, que discurre por el camino de la comprensión, del abandono de los propios juicios sobre los demás, especialmente sobre nuestros hermanos sacerdotes. La fraternidad es como un bálsamo que sana nuestras heridas mutuas. Es, como decían nuestros abuelos, el *mentholatum* que cura todas las heridas. *“El hermano ayudado por su hermano es fuerte como una ciudad amurallada”*, leemos en el Libro de los Proverbios. (18,19).

Centralidad de Jesús en la Eucaristía

9. La unión con Cristo en la Eucaristía, especialmente mediante la celebración de la Santa Misa y la adoración, son necesarios para fortalecer nuestro servicio y no desfallecer ante las flaquezas y dificultades del mundo actual. Vamos ante el Sagrario y nos encontramos de nuevo con Él, y nos ve y nos reconoce. Podemos hablarle, como hacían sus discípulos, y contarle lo que nos ilusiona y nos preocupa. Y siempre lo encontraremos atento hacia lo nuestro. Jamás hallaremos un oyente tan atento, tan bien dispuesto para lo que le contamos o pedimos. Es necesario continuar promoviendo, con nuestro ejemplo y nuestro trabajo apostólico, la Adoración Eucarística en nuestras comunidades y la asistencia a la Santa Misa, no solo el domingo y fiestas de precepto, sino durante la semana. Mantener los templos abiertos para facilitar el encuentro de muchas personas con el Señor en la oración y la adoración es hoy día muy necesario. Enseña el Papa San Pablo VI que *“la Iglesia católica rinde este culto latreúutico al Sacramento Eucarístico, no solo durante la Misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la máxima diligencia las hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo cristiano”* (Enc. *Mysterium Fidei*, 3-1X-1965). Al vernos celebrar la Eucaristía, de darán cuenta los fieles la esencial importancia que tiene para nosotros y la descubrirán para ellos.

El trabajo pastoral ordinario y algunas prioridades.

10. Desde estas fuentes perennes de la eficacia de nuestro servicio sacerdotal, podremos emprender sin desmayo y con un optimismo sobrenatural renovado nuestro trabajo pastoral. Junto a los trabajos de la pastoral ordinaria, a las líneas pastorales de la Diócesis, surgidas del Sínodo y de las demás instancias pastorales, durante este tiempo hemos de poner especial empeño en el trabajo con **las familias, con los jóvenes**, especialmente mediante la **catequesis** y la inserción de las actividades con ellos en la pastoral juvenil diocesana, en especial ofreciendo una buena formación y actividades que permitan a nuestros jóvenes desarrollar su vocación de servicio, especialmente a los más necesitados. Pongamos una especial atención a nuestros **adultos mayores**. Son ellos - en muchos casos - los que más trabajan como nuestros colaboradores en la vida pastoral de nuestras parroquias y comunidades y son también ellos los que en este momento ayudan de manera efectiva a transmitir la fe a los más jóvenes.



CARTA PASTORAL

Queridos hermanos sacerdotes y diáconos, siguiendo la enseñanza de Jesús, continuemos nuestra labor apostólica como siervos inútiles, porque *“nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios”* (Lucas. 9, 62) y pongamos toda nuestra confianza en la Madre de Dios, porque Ella es “puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos” (San Alfonso. Visitas al Stmo. Sacramento, 2).

Que al recorrer juntos la Cuaresma, lleguemos gozosos al momento de la entrega de Jesús por nosotros y a su gloriosa resurrección, que asegura nuestra vida para siempre con Dios.

+Juan Ignacio González Errázuriz

Administrador Apostólico de Rancagua

Rancagua, 16 de marzo de 2020, durante el Tiempo de Cuaresma.

